



**Cuaderno
de bitácora**

Carta de amor

de Fernando Arrabal

«Como un martirio chino»



Foto: Maxime Godard.

Fernando Arrabal.

Al escribir *Carta de amor* revivía yo el tiempo de “la primera vez”.

La función me convertía en obra suya, lo mismo que en el melocotón es el hueso lo que engendra la vida.

Cuando empecé a redactarla, tenía la impresión de que unos centinelas minúsculos esperaban mensajes, apostados en las articulaciones de mis manos y mis pies, en la punta de mis dedos, de mi sexo, en la retina de mis ojos.

El aliento del recién nacido me regeneraba: era la respiración embrionaria de quien no se puede levantar, ser feliz e inmortal sino a través del teatro. De quien invierte el proceso vital para llegar a la creación.

Me sentía habitado por el firmamento. Olvidaba hasta que escribía, estaba encerrado en mí mismo mientras desvelaba mi intimidad.

Carta de amor reducía a la nada mi relación con el tiempo y el espacio, como si encerrase el secreto de la eternidad.

Tenía anudada la garganta por los lazos de amor-odio tejidos con la mujer que me trajo al mundo. Como si el conflicto edipiano y la tragedia de la Historia, la condena a muerte de mi padre y el misterio de su desaparición acabaran de surgir en aquel momento.

A veces estaba convencido de que había fracasado en todo: creía que mi cuerpo albergaba escorpiones venenosos, serpientes perversas, abejorros chivatos que le denunciaban a mi cabeza los pecados de mi vientre. No podía expulsarlos más que escribiendo.

Otras veces dominaba mis temores y me dejaba deslumbrar por mis infortunios fatales. Escribía al dictado

de mi vida, de mi infancia, de mis sueños, con la esperanza de volver a encontrarlos en la memoria de acuerdo con mis deseos.

De qué manera tan repentina me llevaba un recuerdo hacia un paraíso o un infierno desconocido, como si, provisto de alas en la espalda, pudiera elevarme hacia el firmamento.

No deseo que mi teatro se inscriba en los Registros de la Inmortalidad... sólo deseo gozar todos los días de unos cuantos ratos de felicidad.

Concibo *Carta de amor* como un extravío lúcido. Forma y fondo, espíritu y delirio, semejantes en todo, uniéndose para formar sólo uno.

Cuánto he soñado con escuchar esta función (el día de su estreno mundial en el Teatro Nacional Habimah), interpretada por la prodigiosa Orna Porat.

El exilio es mi descubrimiento inagotable. Qué alegría tan inmerecida que *Carta de amor* se estrene precisamente en Israel, tras la revelación de mi viaje a las fuentes de lo inefable. ■

(Presentación para el programa del Teatro Nacional de Israel)

[La actriz Orna Porat *Premio Israel de Teatro*

estrenó mi función *Carta de amor* en el Teatro Nacional de Israel, el 2 de junio de 1999, con puesta en escena de Itzik Weingarten y traducción al hebreo de Rami Saar.

Los mismos, estrenaron la función en el Festival Internacional de Israel, en Jerusalén, el 4 de junio de 1999.]

Versión española: S.M.B.

Carta de amor

(Lettre d'amour)

[fragmento]

[...]

Me cuentas la leyenda del más cruel martirio chino. Las víctimas eran siempre dos enamorados (o dos esclavos prófugos).

El verdugo los encadenaba, con grilletes, uno a otro por los pies y los depositaba en lo más hondo de un profundo pozo tapiado. Al cabo de meses, cuando el verdugo abría el profundo hoyo, los restos de las víctimas muertas entredevoradas, ancladas en el fondo, eran pasto de gusanos necrófagos.

Eres tan listo

(¡no en balde ganaste el premio de superdotado!)

y sabes tantas cosas... Dices que me 'recuerdas' esta historia china... como si yo hubiera podido conocerla.

Ahora me escribes:

*"A ti y a mí
la guerra civil,
madrstra historia,
nos infringió este martirio chino.
A punto también estuvimos de devorarnos.
Pero incluso prisionero de la fatalidad
soñaba con la esperanza.
Aquella que alimentó mi infancia
y mi adolescencia
...contigo".*

Pero ¡qué reproches tan atroces nos dirigimos entonces! Cuando tú, mi propio hijo, me acusaste de nada menos que de haber denunciado a tu padre.

De haber sido la culpable de que fuera condenado a muerte.

Aquí tengo el borrador de mi respuesta de hace casi veinte años:

*De un bolsillo de su falda saca papeles marchitados por el tiempo y a punto de rasgarse en pedazos.
En verdad no lee.*

"Tomé la determinación de no contestarte, ya que en tu carta no es que me pidas datos sobre la condena a muerte de tu padre —lo que sería lógico— sino que parece como si destilaran hiel sus párrafos, como si no tuvieran otra misión que la de lanzar contra mí tu madre, dardos hirientes".

"Esto me pareció en un primer momento y por eso, decidí no contestarte ya que nunca podría ponerme a tono en un combate de este tipo".

"Pero si no te respondo es cuando podrías creer que toda esa ponzoña —no creo que salga de su corazón— sea verdad".

"Empiezas dando a entender que soy culpable de lo que sucedió a tu padre. Todavía hay gente de aquella época que podrían...".

...Yo casi nada dije
"a los que... le condenaron"
"a muerte".

"Sólo lo indispensable".

"Yo no he sido nada más que la esclava de vosotros, de tu padre y tuya, en todo momento. Cuántas mujeres viven de cualquier manera divirtiéndose día y noche en bailes, en cabarets, en cines".

"¡Cuántísimas!".



Escena de Carta de amor, con la actriz Orna Porat.

"Yo podía haber hecho lo mismo, pero he preferido sacrificarme por tu padre y por ti, hijo mío, de un forma silenciosa y humilde".

"Cuántas veces le dije: 'Me vas a dejar viuda y a tu hijo huérfano'. Pero ¿qué hizo él? Sin oírme siguió su culpable camino".

"Los que hablan de mi 'denuncia' olvidan que días después de su arresto"

"y de las torturas de los primeros días"

"cuando ya estaba en la cárcel me presenté contigo a la mujer del jefe supremo del ejército de Melilla. Y le pedí la salvación de tu padre ¡cuando ya estaba condenado a muerte! Y cuando en verdad ya nada podía indultarle".

"Fui contigo, creo recordar que aún tenías presente la estampa del soldado que, en las escaleras, custodiaba la vivienda y que me dijo al salir de allí:

No llores mujer".

"El que digas que no le mandaba paquetes de comida a la cárcel me hace sonreír si no fuera cosa de llorar. Si lo dijera persona ajena a nosotros, lo comprendería, pero tú sabes que iba yo a la oficina de la calle Serrano a pie, como te acordarás, por faltarme el simple real que costaba el metro. Que llegaba tu santo y no podía comprarte ni un *chupachús*".

"No es que viviéramos modestamente sino que estábamos en plena miseria. También recordarás que para celebrar el santo del abuelo se tomaba como cosa extraordinaria un huevo frito".

Y tú me respondiste despiadadamente:

*Lee las primeras líneas de una hoja sucia y descompuesta.
Continúa como si la conociera de memoria.*

"Me recuerdas un hecho que no pongo en duda: lo miserablemente mal que vivíamos. Era la triste fatalidad de la mayoría de los españoles, en aquellos años, de anhelos tercios".

"Pero papá hubiera podido volver a casa como cientos de miles de prisioneros políticos condenados y luego indultados. Hubiéramos podido disfrutar por lo pronto de un salario más, quizás (dados sus estudios) superior al tuyo. No permitiendo su retorno, me impediste beneficiar, en un ingrátido ahora, de su presencia".

"Y no olvides la carta que te envió el propio director de la cárcel escandalizado por tu comportamiento con papá".

Tuve que responderte:

Saca otro papel antiguo y amarillento que no lee.

"Esta carta de reproches que me envió el director del presidio de Burgos demostraba en realidad que, aunque yo no estaba oficialmente encarcelada, es como si lo hubiera estado todo el tiempo".

[...]